



*El sacrificio de Abraham de Peter Lastmann.
Abraham no sólo vive la tragedia común de la vida,
sino que decide producir la tragedia suprema
por el sacrificio de su hijo Isaac*

EDITORIAL

TRAGEDIA Y RECONCILIACIÓN

LA vida humana es siempre un drama en que todo ser humano, cada uno en el argumento de su propia historia, juega el papel de protagonista. Se trata de un argumento que acaba siempre en tragedia. Puede haber quien esté preparado para representar ese rol trágico y puede haber también quien no lo esté. De ahí que el hombre deba prepararse para asumir con dignidad y madurez humana el inevitable argumento dramático de su historia. De ahí el papel catártico del género literario de la tragedia, en todas las literaturas, y en la cultura occidental sin duda bajo la inspiración de la tragedia griega. Pero no sólo ha sido la tragedia tema literario, sino que también ha jugado un papel crucial en la filosofía. En este número de PENSAMIENTO publicamos algunos artículos cuya temática toca, desde diversas perspectivas filosóficas, autores, circunstancias y enfoques, el hecho de la tragedia humana.

La tragedia romántica del *Wallenstein* de Schiller permite contraponer y valorar respectivamente la concepción de la tragedia de Schiller y Hegel. En el fondo es una diferente forma de concebir cómo la tragedia debe contribuir a purificar la existencia humana y ponerla en condiciones de ser más plenamente humana. Pero no se trata sólo del juicio sobre un género literario porque este juicio se argumenta desde una cierta concepción de la vida humana. No cabe duda de que Abraham, ante el sacrificio de su hijo Isaac, no sólo es un hombre que padece la tragedia común de la vida, sino que él mismo, sacrificando a su hijo, es responsable de una tragedia suprema, afrontando un acto irracional y más allá de la ética. ¿Es en alguna manera excusable el comportamiento de Abraham? Kierkegaard y Derrida nos ayudan a adentrarnos en la tragedia vivida en la disposición abrahámica para obrar el sacrificio de su hijo Isaac. Pero muchos otros hombres, como Abraham, a lo largo de la historia, no sólo han padecido la tragedia en el drama ordinario de sus vidas, sino que la han producido por decisiones y comportamientos libres. La violencia es también una de las expresiones más hirientes de la tragedia en que los hombres, unos a otros, por decisiones libres, convierten las propias historias en tragedia. Walter Benjamin nos

sirve de hilo conductor para entender cómo y por qué, en ocasiones, la violencia interhumana para producir la ley deja paso a una violencia posterior para imponerla. Ignacio Ellacuría tuvo que enfrentarse al trágico conflicto centroamericano que sumió a El Salvador en una guerra de años y años. María Zambrano, en su análisis de la ciudad como marco ideal para la convivencia humana, insiste a su manera en la tragedia de una ciudad en manos del poder soberano de la dominación y del control que la hace inhabitable.

El hecho es que la vida humana ha sido siempre en el pasado histórico un drama trágico. Lo sigue siendo en el presente para todo el mundo y no sabemos si podrá superarse en el futuro. Pero en todo caso, de momento, no podemos afrontar la vida sin hacer frente a la tragedia. Sin tomar finalmente una posición personal y colectiva ante ella. Probablemente los argumentos de los filósofos involucrados en la trama de este número de PENSAMIENTO no son excluyentes sino, más bien, complementarios y mutuamente enriquecedores.

El pensamiento de Hegel trazó las coordenadas esenciales de la filosofía social europea en los siglos XIX y XX. Su exposición de la historia humana en la *Fenomenología* como el avance de dos movimientos paralelos, uno de reconciliación con el mundo y otro de reconciliación con los otros hombres (que Marx traduciría como movimiento de superación de las contradicciones en relación con el mundo y en relación a los otros hombres), que culminan, tras la posesión racionalista del Saber Absoluto, en un final feliz, mueve a un optimismo histórico de que la historia camina hacia una culminación racional (igual en Marx) en que la tragedia humana será eliminada (superada dialécticamente). Por ello, Hegel no entendió la antropología que se escondía en el drama romántico de Wallenstein.

Es cierto que tanto Hegel como Marx apuntan a un progreso real en la reconciliación y en la superación de las contradicciones que, en alguna manera, podemos comprobar en la marcha de la historia. Aunque es triste observar todavía la tragedia de vidas y vidas humanas que pudieran haber eliminado parte de su sufrimiento, si las voluntades humanas hubieran sido capaces de organizar la sociedad de otra forma, no por ello debemos dejar de ver que la historia es un avance en el dominio de la naturaleza y en la intercomunicación humana. Por tanto, es real el avance hacia la reconciliación y hacia la superación de las contradicciones.

Sin embargo, debemos atender a una cautela: no conceder precipitadamente que el camino de la reconciliación y de la superación de las contradicciones para superar la tragedia humana haya sido trazado de manera definitiva y cerrada por una ideología. Es entonces cuando el espíritu humano puede sentirse no representado por esa ideología, sentir que la tragedia va más allá y que se necesitan nuevos resortes para hacerle frente. La falsa persuasión de poseer una ley absoluta, que se ha impuesto por violencia, puede llevar a una nueva violencia para imponerla a los ciudadanos que sienten que sus vidas discurren por otros caminos no contemplados por la ley. Una ley que impusiera en la ciudad un acceso a la felicidad que fuera estrecho y restringiera los impulsos personales que siente el ciudadano ante el problema individual e intrasferible de hacer frente a la tragedia de la vida, de manera original y creativa, acabaría haciendo la ciudad inhabitable.

Por eso Schiller, con más perspicacia que Hegel, entiende que el carácter educativo de la tragedia no es dictar el camino de una reconciliación que la elimine, sino situar al hombre en el *pathos* ético que emplace la libertad creativa para afrontar en verdad el problema de la vida. De ahí también que, tanto Benjamin como Zambrano, sepan que la ley de la ciudad sólo será humana si crea un ámbito de juego a la libertad y, en definitiva, a la persona como tal. Es la persona la que intuye que la eliminación de la tragedia apunta quizá a un Misterio final que no se cierra en un discurso humano. Es lo que mueve a Kierkegaard y a Derrida a reconocer que el compromiso hacia la vida depende de decisiones místicas, personales e intraferibles, que nos hacen respetar la decisión de Abraham que acepta la tragedia en el plano real, pero cree en su superación por estar abierto a una dimensión religiosa que trasciende lo mundanal.